

Seamos un espejo positivo para nuestros niños

Por Mabel Agurto
(mabelagurtom@yahoo.com)

Nuestro deseo como educadores es brindar las mejores oportunidades a nuestros niños para que logren aprender. Para alcanzar este objetivo, muchas veces nuestros alumnos deben afrontar exigencias que pueden frustrarlos. De ahí nuestro papel para encontrar mecanismos que les permitan tener experiencias de éxito, y de esa forma impedir que generalicen sus pequeños “tropiezos” a todos los ámbitos del aprendizaje.

He aquí unas sugerencias:

1. Enfocamos en los puntos fuertes de nuestros niños, decírselos constantemente, elogiarlos con sinceridad por las cosas que hacen o dicen, por más pequeñas que sean: por haber guardado el material, por ser cariñosos o incluso por habernos brindado una sonrisa.

2. “Las palabras forman realidades”: los niños se comportan de acuerdo a lo que nosotros esperamos de ellos. Así que si escuchan constantemente que son inquietos, no nos sorprendamos si obtenemos ese resultado en clases.

3. Cualquier reclamo debe ser dirigido siempre a la acción y no a la persona. No es lo mismo decir, “eres lento” que “hoy te demoraste terminando el trabajo”. La primera frase es determinista, encasilla al niño en una forma de ser, quizás para siempre, mientras que la segunda es una descripción de su conducta.

4. Utilizar siempre frases en positivo y que no tengan un reclamo “disfrazado”. No es lo mismo que digamos: “¡Felicitaciones, hiciste tu deber!” que, “Qué bueno que, para variar, hiciste el deber”.

5. Ser precisos en los elogios. Los niños valoran cuando somos sinceros con ellos y cuando pueden observar sus avances y logros específicos: “Te felicito porque terminaste tu trabajo de rimas”.

6. Enfocarnos en un objetivo a la vez. No intentemos mejorarlo de una; procuremos hacerlo paso a paso. Si queremos que nuestro alumno copie solo sus deberes, evaluemos este objetivo a diario; si lo hizo parado o con mala letra, esto no tendría que ser tomado en cuenta.

7. No dar nada por sentado. A veces nos olvidamos de reconocer lo que los chicos hacen por ser acciones obvias o porque creemos que ya lo saben. A ustedes, por ejemplo, ¿cuántas veces les gustaría que les dijeran qué tan buenos profesores son, o que les felicitaran por entregar sus planificaciones a tiempo?

8. Lamentablemente y siempre con la mejor intención, los educadores andamos más enfocados en que nuestros niños mejoren, y nos centramos más bien en todo lo que *falta por hacer o desarrollar*. Intentemos alcanzar un punto medio, a fin de que los chicos no sientan que nunca estarán a la altura de las expectativas.

9. Se suele recomendar a los educadores que acepten a su alumno tal como es, lo cual está bien por un lado. Sin embargo, la palabra aceptación puede ser entendida como resignación o tolerancia: “aceptamos que nuestro candidato haya perdido” o “aceptamos una enfermedad”. En este tipo de resignación nuestros alumnos pueden vivir, pero no les ayudaríamos a creer en su potencial y mucho menos en maximizarlo.

10. Respetar las diferentes modalidades de aprendizaje de nuestros alumnos. Por ejemplo, a un alumno con mucha energía y actividad no podemos pedirle que permanezca sentado mucho tiempo, o que no se mueva mientras escucha nuestra instrucción.

Nuestro principal deber como educadores es enseñarles no solo conocimientos académicos, sino darles las herramientas para poder enfrentarse a los desafíos de la vida, lo cual lograrán con una fuerte “armadura” llamada autoestima. Tenemos así una tarea diaria: aprender más sobre nuestros niños, sobre la cantidad de cosas positivas que tienen y hacen. No nos vamos a ir del colegio hasta haber expresado en palabras cuánto los apreciamos y lo mucho que disfrutamos de ser sus profesores.

